

LEAVING LAS VEGAS

John O'Brien

Leaving Las Vegas



Traducción de Adan Kovacsics



H&O

Primera edición: noviembre de 2021

© De los textos: John O'Brien, 1990

Published by arrangement with Grove Press, an imprint of Grove Atlantic, Inc., New York, NY, USA.

© De la traducción: Adan Kovacsics, 1996 y 2021

© De esta edición:

Hurtado & Ortega Editores

info@hurtadoyortega.com

Imagen de la faja: Alexandra España

Diseño de colección: Silvio García Aguirre

Diseño y maquetación del interior: Carolina Hernández Terrazas

Corrección: Marc García García

Impresión: Bookprint

ISBN: 978-84-122832-8-0

Depósito legal: B 17022-2021

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

A Lisa, testigo privilegiado

CEREZAS

POR EL AGUJERO DE LA TAPA de plástico de una taza desechable bicolor, roja y verde, Sera sorbe un café aguado y avista un sitio donde sentarse. Al menos lleva dos horas dando vueltas y necesita con urgencia un descanso. Por regla general, no osaría quedarse tanto tiempo delante de un Seven-Eleven, pero el bordillo parece alto y, como ha recibido hace poco una capa nueva de pintura roja, tampoco se ve demasiado sucio. Se instala pesadamente sobre el frío bordillo y se abraza las rodillas, a la vez que inclina la cabeza y la mete en el oscuro hueco de privacidad creado por sus brazos. Sigue con la mirada la corriente de luz que dejan pasar sus muslos, hasta el encaje negro donde acaba, encaje que su minifalda de cuero desvela con nitidez.

Echa la cabeza hacia atrás; el pelo castaño le abanica los hombros y se agita en el remolino generado por un autobús turístico que pasa en ese preciso instante; un perfil enmarcado en la ventanilla empieza a darse la

vuelta y se pierde en la nube negra del gas del escape. En el brillo rojo del lápiz de labios con el que se ha maquillado se ve un tenue reflejo del letrero luminoso de la tienda de comida preparada, cuya fría luz fluorescente es demasiado blanca para dar calor o color a esa hermosa cara que ahí abajo pretende atraer y llamar la atención. Estira pudorosamente las piernas y se apoya sobre los codos, con lo que solo consigue que se le abra la chaqueta, que deja al aire las tetitas bajo una camisola de encaje transparente. Gira la cabeza sin hacer gesto alguno para cubrirse; sus ojos color verde oscuro, protegidos por largas pestañas cargadas de rímel, exploran Las Vegas Boulevard, de arriba abajo.

Tadatadatá-chidá-tachín-tachin-chicá... Se sorprende porque sus labios canturrean una melodía aún sin elaborar, pero ya en vías de adquirir cierta forma. Casi inaudible y compuesta con cierta torpeza a partir de fragmentos oídos en los casinos, parece, sin embargo, que dirigiese el tráfico, obligando a los rumores y zumbidos de la calle a unirse en sinfonía a los giros y desplazamientos que existen en su cerebro. Al otro lado de la calle, una obra adormecida, ni quebradiza ni eterna, habitada por esqueléticas grúas que levantan torres aún adolescentes, se alza complaciente y silenciosa, en vacilante aprobación. Acusa los tonos verdes y azules de la noche. Desconoce su propio origen. Le otorgará a Sera el beneficio de la duda. La acompañará en el largo, duro y doloroso viaje en un coche lleno de compadres. Los brazos de Sera son débiles, pero

su pulso es firme. Chasquea los labios al cerrarlos y espera un ligue.

El aire cálido sopla a ráfagas a través de un laberinto invisible. Sera observa pequeños remolinos de polvo y trozos de basura que suben, bajan y cabalgan sobre las corrientes. Encuentra en su bolso una servilleta envuelta en papel de aluminio, rescatada de algún merendero ya olvidado. La despliega, mete la mano discretamente bajo la camisola y se seca los pechos, y después la nuca. A cierta distancia, acecha una colina, o una montaña, o alguna de esas tonterías sobrevaloradas.

Ve a un borracho encaminarse hacia el este por la acera. El hombre se tambalea y cae de bruces justo delante de ella. Se queda tumbado, inmóvil; Sera, un tanto preocupada, lo llama.

—¡Eh! ¿Estás vivo?

El hombre no contesta y ella, convencida de que ha perdido el conocimiento, sabe que tendrá que largarse antes de que aparezca la policía y lo recoja.

Lo intenta de nuevo:

—Eh, será mejor que te levantes antes de que se presente la bofia. ¿Quieres que te ayude?

El hombre emite un sonido que parece un «no» y empieza a moverse. Ella siente vergüenza ajena y mira hacia otro lado; escruta la calle para ver si viene la poli y, cuando vuelve a mirar hacia donde está el tipo, este ha desaparecido.

El hombre había seguido de largo después de decir lo que quería decir, conforme a esa naturaleza de tangente

que habría de consumir como mínimo a uno de los dos. Hay una botella en su futuro... quizás antes una copa... en algún punto de la línea. Sera es un círculo, con una periferia de veintinueve años.

Ella, que pasó su infancia en el este, ahora vive aquí. Estuvo un tiempo en Los Ángeles, pero el rollo que conoce aquí funciona bien, aquí funciona de maravilla y aquí desea quedarse, en Las Vegas, lugar al que llegó hace ya bastante tiempo y al que, cuando habla consigo misma, llama hogar. Vino aquí deliberadamente y con la perspicacia intacta —incluso agudizada por la turbulencia de sus estigmas— y se labró una vida que se adapta bastante bien al bullicio y ajetreo de la localidad. Hace tiempo que dejó atrás la vida dura y desesperada de la prostituta de ficción, si es que realmente llegó a conocerla; de hecho, la dureza es manejable y la desesperación resultó ser un club poco exclusivo. Como quiera que sea, ella se las arregla; lo tiene todo controlado. Siempre habrá personajes oscuros, pero su vida es satisfactoria: es como ella quiere que sea.

Sabe sacar partidos a casi todos los hombres que se trabaja; es la parte más difícil, pero también la mejor. Sin sospechar nada, distraídos por la inminente eyaculación, pocas veces caen en la cuenta de que han dejado escapar un mínimo comentario, algún indicio que revela su identidad, una muestra de su naturaleza. Sera está muy lejos de las definiciones trilladas, sobrevaloradas y arbitrarias de lo que es la consumación.

Ella ve a los tipos mientras se la follan. A veces les habla. A veces ellos le hablan. Eso le gusta.

Se levanta y se dirige a un cubo de basura con su servilleta sucia, y antes se detiene un momento para recoger un trozo de celofán despojado del pasetelito que contenía que revolotea por el aparcamiento del Seven-Eleven.

Y ella es buena, buena en lo que hace. Siempre hay hombres disponibles para pagar y usarla. Los tipos vuelven a ella, porque brilla con la atrayente inaccesibilidad de las personas introspectivas. Vuelven a la satisfacción asequible —en sus bragas no anidan mentiras, sino una promesa— y ella cierra el trato con la competencia de alguien siempre capaz de dar en el clavo. No importa el tiempo que haya pasado sin trabajar, ella siempre saca a relucir su arsenal de números característicos y está dispuesta a ponerse en forma en apenas un instante y asumir el mando como si nunca hubiera perdido el ritmo. Los clientes se marchan tranquilamente, después de que su carga de insatisfacción haya disminuido lo suficiente como para cumplir con los términos de cualquier acuerdo, incluso tácito, al que hubiesen llegado.

Los hombres que acuden a ella son variados en aspecto e intenciones, si bien la mayoría comparten ciertos rasgos. Todos saben definir un deseo y dar a continuación los pasos necesarios para satisfacerlo. Como no tienen ninguna duda respecto de su virilidad, bien porque están satisfechos de ella, bien porque

les resulta indiferente, establecen y ponen en práctica una conexión lógica entre placer y dinero. Saben convertir cien dólares en treinta minutos de alquiler de un cuerpo femenino y perciben ese intercambio exactamente como lo que es: una transacción comercial, no un comentario profundo. Muchos buscan combustible para la masturbación, un momento culminante en el ciclo, una experiencia tangible sobre la cual poder bosquejar la próxima fantasía. Todos estos hombres encuentran placer en la oportunidad de relacionarse sexualmente con una mujer en una situación de absoluta franqueza. Dejan en casa todos los posibles inconvenientes del acto sexual —muchas veces provocados por ellos mismos— y ahora están en un medio neutro en que uno pide algo y lo recibe o no, sin poner en peligro la totalidad de la circunstancia. Van a lo seguro. Maximizan la solución y minimizan la dificultad. En general, tienen razones similares para verla, aunque no faltan los matices específicos de cada uno. Sera se vuelve y se dirige hacia la calle, hacia el coche que aminora la marcha, hacia el saludo, hacia la charla inicial.

La ventanilla automática que se baja le sirve de indicación, y ella se inclina. No está dentro del coche, ni siquiera cerca, pero con la habilidad de un mago hace que el conductor la crea muy pegada a él. Siente el eterno hormigueo en el vientre, compone una sonrisa de estudiada despreocupación y luego:

—¡Hola!

El tipo está bien. Frisa en los cincuenta, está un poco nervioso, parece bañarse con regularidad, no es demasiado atractivo, pero tiene una mirada simpática. Ella ladea la cabeza, percibe los reflejos verdes y rojos del letrero de la tienda de comida preparada en la ventana de atrás y dice con una sonrisa poco profesional:

—¿Quieres pasar el rato o has venido a buscar una piruleta?

Con una sonrisa de compromiso, aunque está claro que aquello no era lo que esperaba, el hombre contesta:

—Bueno... sí. ¿Cuánto cuesta una... eh... piruleta?

A esto le sigue un tic nervioso y una sonrisa más grande, para mostrarse juguetón.

Sera, decidida a dejar de lado la metáfora antes de que se vuelva demasiado delicada, aprieta los labios en señal de que está haciendo sus cálculos y susurra con un guiño de adolescente:

—Cien. Máximo una hora en... ¿qué hotel?

El tipo le da el nombre de un establecimiento bastante conocido y hortera, y su cara se le ilumina ante la oportunidad de mencionarlo; Sera ha estado a punto de pronunciar el nombre al mismo tiempo que él, eso sí, con afectación. El tipo tose, un tanto incómodo otra vez, y pregunta:

—¿Qué... eh, qué incluye? ¿Qué me harás, quiero decir?

—Bueno, qué quieres que te diga, puedo hacerte cualquier cosa que se te ocurra pedirme.